

Finalmente, descubrirá el lector en este nuevo Gil Blas quién ha sido el autor del antiguo en el siglo XVII, puesto que ninguno lo ha podido descubrir hasta el día de hoy.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Historia de D. Gonzalo Castromonte, hijodalgo notorio etc.—Casamiento de este señor con doña Casilda Perez, mayorazga, y descendiente de la antigua familia de los Santillanas.—Esterilidad de esta señora, y entrada en su casa de un sobrino suyo, llamado Gil Blas.

Entre los límites que dividen el reino de Leon del de Castilla (el curioso lector averiguará los linderos) vivia á principios del siglo XIX don Gonzalo Castromonte, rico hacendado, *hijodalgo notorio, de casa y solar conocido, de armas poner y pintar*. Cualquier otro historiador pondria aquí una nota aparte, al fin de la plana, ó al fin del libro, para instruir al lector de la interesante gerarquía de los hidalgos; pero yo no quiero interrumpir con notas mi interesante

historia. Digo pues, que en los archivos del empadronamiento ó de los padrones hay esta notable diferencia entre los hidalgos. El que no es plebeyo está anotado por hijodalgo; pero nada mas, y esto es lo bastante para no pechar, ó pagar el tributo de los plebeyos. El que, aunque es hidalgo, es algo mas, está anotado con el aditamento de *hijodalgo notorio*. El que se halla en un grado mas alto, está inscrito con las adiciones de *hijodalgo notorio de casa y solar conocido*. Y últimamente, el que monta por encima de todos los hidalgos, se halla inscrito él y sus progenitores (pero no hasta Adan, ni aun hasta Noé) con el último timbre de *hijodalgo notorio de casa y solar conocido, armas poner y pintar*. (Véanse los archivos de los padrones, y corto otra nota.)

Era pues, nuestro don Gonzalo Castromonte un hidalgo castellano que podia andar á caballo sobre muchos hidalgos de Castilla, porque se hallaba empadronado con el altísimo timbre de *armas poner y pintar*. Envanecido con esta para él interesante alcurnia, se dedicó con esmero á aprender á leer la letra antigua, y consiguió ponerse al corriente de antiguos pergaminos y añejas ejecutorias. En su edad de cuarenta años se hallaba soltero aun, por la dificultad que encontraba de enlazarse con una fa-

milia que no le igualase en la antigüedad de la nobleza, pero habiendo leído en un añejo y roído manuscrito que los *Perez* eran descendientes de la familia de Gil Blas de Santillana, porque su tio el canónigo se llamaba y apellidaba Gil Perez, y era hermano de la madre de Gil Blas, se le puso en la cabeza buscar una novia de este apellido.

Llegó por fin á su noticia que en uno de los pueblos del reino de Leon habia una mayorazga de su misma edad, que no habia querido casarse, porque ninguno de sus pretendientes acreditaba en sus padrones el timbre de *Armas poner y pintar*. Tenia por nombre y apellido esta ilustre señora del reino de Leon *doña Casilda Perez*. Cátenme Vds. aquí, señores lectores, declarado pretendiente de esta jamona mayorazga á nuestro ilustre señor don Gonzalo Castromonte. Empezó, pues, presentar por sí mismo su ilustre persona á la ilustrísima señora mayorazga, llevando consigo su correspondiente escudero, y salieron de su pueblo á caballo estos dos andantes, muy parecidos á don Quijote y Sancho Panza. Iba este montado en cierto rucio que, ademas de su persona, soportaba el peso de unas grandes alforjas que contenian por un lado una buena cantidad de provisiones de boca, y por el otro servia de

contrapeso un gran saco atestado de antiguos pergaminos y añejas ejecutorias.

Con la notabilidad de estos antiguos documentos se presentó nuestro rancio hidalgo en el castillo de la ilustre señora doña Casilda. Una antigua dueña del palacio salió al recibimiento del señor don Gonzalo, y preguntándole á quién buscaba, respondió: ¿No habita dentro de estos vetustos muros la señora doña Casilda Perez, descendiente de una de las mas ilustres familias del reino de Leon?—Sí señor, contestó la dueña.—Pues hágame V. el favor de pasarla recado diciéndola, que el nobilísimo hidalgo don Gonzalo Castromonte, descendiente por línea recta de una de las familias mas antiguas de Medina, pretende hablar un rato con ella á solas. Partió la dueña á participar á su señora esta nobilísima y singular embajada, de la cual enterada; contestó. ¡Conmigo á solas! Pero de un nobilísimo hidalgo nada debo temer: mándale entrar en el salón de los antiguos cuadros, mientras me preparo para recibirle. Llevaba don Gonzalo sus documentos envueltos en una badana de color verde, y al ver en su presencia á la señora doña Casilda Perez, la dijo:—Ya reconozco, señora ilustre, que no vengo engañado en mis sospechas de noble hidalguía. Esa antigua cofia, y ese vetusto tontillo, me las

confirman.—Tampoco puedo yo dudar, contestó la señora, que ese casacon á la antigua española pertenece á la mas remota antigüedad.—Cuando Vd. pudiera dudarlo, repuso don Gonzalo, aquí traigo á su disposicion mis documentos justificativos. No me desagrada el apellido Castromonte con que Vd. se ha anunciado, dijo la señora; y descendiendo Vd. de las ilustres familias de Medina, tal vez resultará el entronque con el antiquísimo apellido de que habla el autor *Trelles* en su *Asturias ilustrada*.

—Ya sé, señora, que dice ese autor *que del apellido Pollino los hay muy nobles en Medina*. En los mismos términos lo he leído yo en ese señor Trelles; pero dígame Vd., señor Castro, entre el Pollino y el Asno ¿no hay una notable diferencia?—Sí señora que la hay, y muy grande, segun mi diccionario. En él le insinuaré á Vd. (cuando se digne tener mi casa por suya) que el Asno es un animal cuadrúpedo con casco y las orejas muy largas; pero *el Pollino se entiende regularmente hoy por cualquier borrico*. Estos descenden de la mas remota antigüedad, y por eso el señor Trelles afirma, que los que provienen de esta casta son muy nobles; pero esta nobleza no se halla sino en Medina.

Pues sepa Vd., señor don Gonzalo, que la

mía es originaria de las Montañas de Santander, donde son nobles hasta los sacristanes, las campanas, y las calderetas de las pilas de bautismo.—Si no mienten mis pergaminos, dijo don Gonzalo, las cenizas de sus progenitores se han de hallar hácia Santillana, patria del originalísimo Gil Blas que nunca fué mas francés, que Mr. Lessage español.—En el árbol genealógico de mis antepasados, continuó la señora doña Casilda, resulta el entronque de los Santillanas con mis ascendientes por línea recta, y Gil Perez el canónigo de Oviedo por la transversal.—Caballito, exclamó don Gonzalo; eso mismo es justamente lo que he leído yo en mis antiguos manuscritos, y por lo tanto vengo á ofrecer á la descendiente de los Perez mi persona, mis palacios, y mis haciendas, que unidas por un contrato matrimonial á las que Vd. posee, podrán causar la admiracion de los dos reinos de Leon y Castilla.

—¿Qué timbres y blasones representa su piedra de armas, preguntó doña Casilda? Un pino en campo verde con un leon de muy horribles melenas, respondió don Gonzalo.—Oh! Los pinos son muy antiguos, repuso la señora, aunque yo no he podido averiguar aun si hubo antes pinos que leones. Las armas de los Perez representan jabalíes, osos y lobos, horcas y cu-

chillos.—Los cuchillos, dijo don Gonzalo, los tenemos en uso en Castilla, pero no así el de las horcas cuyo privilegio se nos ha usurpado infringiendo nuestros antiguos fueros.

—Pues, señor de los Castros y de los Montes, dejará Vd. aquí por dos dias todos sus pergaminos, llevará Vd. los míos, entre los cuales irá un estado de mis rentas y alcabalas, porque no dudo que Vd. traerá tambien otro estado de las suyas, y visto por una y otra parte confenciaremos. Quedaron, pues, los documentos del señor don Gonzalo en el poder de doña Casilda, llevándose los de esta el señor Castromonte. A los dos dias se vieron los dos futuros, y habiéndose sentado juntos en un antiguo campé, se miraban uno á otro sin decirse una palabra. Rompió primero el silencio el castellano, y dijo:—Y bien, señora: ¿podremos ya saber si hemos nacido el uno para el otro? —En órden á nuestros estados y antigüedad de sangre, si señor; pero por lo correspondiente á nuestro físico, observó bastante desigualdad. Es mucha la espaldaza de Vd., señor don Gonzalo; no es posible que pueda yo resistir el peso de tanto hueso y tanta carne.

—Señora, dijo el castellano, no se crian aj parecer menores tomos en el reino de Leon, pues no creo que haya tres libras de diferen-

cia en el peso de los dos.—Vd. se engaña, señor don Gonzalo, por las apariencias: todo este ropaje hecho á la antigua española me hace parecer lo que no soy; pero en mi bodega tengo una muy grande y muy fiel balanza y ahora mismo vamos á pesarnos los dos, y salir de dudas. Si tampoco en esto no hubiese notable discrepancia, me parece que ya podremos decir que hemos nacido el uno para el otro. Se bajaron en efecto los dos á pesar sus carnes, formando empeño la señora mayorazga, en que don Gonzalo se habia de sentar el primero en uno de los dos lados. Depositó pues don Gonzalo sus gruesas posaderas en uno de los tablones, y tendidas por el suelo sus piernas y gordas pantorrillas, dejaban media vara en alto el tablon opuesto. Al colocarse de golpe en él la señora del tontillo, arrojó á lo alto con tal fuerza al castellano, que si no se hubiera asido cuidadosamente de las cadenas, hubiera venido al suelo con toda su humanidad; pero consiguió con esto hacer subir á lo alto á su futura: y ya subiendo ya bajando la una y el otro, se cumplieron medio cuarto de hora con este arriba y abajo, hasta que por fin se puso la balanza en su fiel, arrojando ocho arrobas de cada lado sin la diferencia de una onza en ninguno de los dos.

Quedaron pues convenidos con esta iguajacion de carne y sangre de haber salido desde el vientre de sus madres, doña Casilda para don Gonzalo, y don Gonzalo para doña Casilda, y acordaron verificar la boda á los ocho dias. Se realizó en efecto con la pompa y solemnidad correspondiente, y al siguiente dia despachó don Gonzalo á su escudero con las debidas órdenes de hacer los preparativos para recibir á su ilustre esposa. Partió ésta con su novio y con el correspondiente acompañamiento de su pueblo, y al entrar en el palacio del *Pino en campo verde*, exclamó: ¡O decretos impenetrables del Criador! ¿Quién me habia de decir á mí que estaba yo destinada para perder mi virginidad en el centro de estos muros, y tal vez para concebir, parir, y criar hijos para el cielo? Pero se engañaba en sus juicios temerarios la señora mayorazga, por cuanto en sus ya muy cumplidos cuarenta años no se realizaron sus buenos deseos, y habiendo ya perdido toda esperanza de verlos confirmados, resolvieron los dos esposos traer á su compañía un sobrino de la señora, llamado Gil Blas Pérez que habia quedado huérfano á la edad de seis años.

CAPITULO II.

Pasa Gil Blas á recibir su educacion en Salamanca.—Estudios y carreras que emprendió y no concluyó.—Vida y costumbres suyas en aquella ciudad, y su regreso á la casa de sus tios.

Vino pues al palacio del *Pino en campo verde* el huerfanito, el cual fué recibido de sus tios con la mayor complacencia, por cuanto le miraban y consideraban ya como el único fruto de su esterilidad. Presentaba el chico en su aspecto las mejores disposiciones para ser con el tiempo un segundo Gil Blas de Santillana. Sabian de memoria sus dos tios todas las aventuras del sobrino del canónigo, y se propusieron educarle con la misma idea de prepararle para correr el mundo á su debido tiempo. Pareciéndole á don Gonzalo que los primeros rudimentos los podia recibir de él, le compró una cartilla, y consiguió en pocos dias hacerle conocer todas las letras del abecedario. Le puso en seguida al b, a, ba, b e, be, b, i, bi, b, o, bo, b, u, bu; mas al llegar al ga, ge, gi, go, gu, jamás pudieron entenderse el tío y el sobrino, por cuanto el maestro no supo explicar á su discípulo cuando son suaves ó fuertes estas sí-

labas. Aprendió pues Gil Blas á leer con el maestro su tío jato por gato, quijote por gigote, mis hijos por mis higos, y los tres reyes majos por los tres reyes magos.

Reconociendo entonces el señor hidalgo que no habia nacido para *Dómine*, dijo á su costilla:—Casilda, si por el pueblo se sabe que yo ejerzo el oficio de maestro de escuela, ¿qué dirán de mí? ¿Qué podrán decir, replicó la señora? Dirán que ejerces una de las mas nobles y difíciles profesiones, cuál lo es la de saber enseñar. Yo recuerdo haber leído en mi librería que para desempeñar debidamente una profesion (esta) era necesario tener grande entendimiento, mucha ilustracion, y consumada prudencia; en una palabra, que era preciso haber nacido para ello.—Eso se entiende, mujer, que lo dicen por los catedráticos de las universidades que saben enseñar la filosofía, las leyes y la teología.—No marido, que lo dicen por los maestros de la escuela que enseñan los primeros rudimentos á los niños, con los cuales es muy difícil entenderse por falta de comprension en su corta edad, los unos de una singular viveza, los otros de una marcada dejadez, y todos diferentes en la complexion, en las potencias, en los usos y costumbres adquiridos en las casas de sus padres, en una palabra, tan distintos, que para

cada uno debia haber nacido un maestro particular. Y aquel que se halla con treinta ó con cuarenta niños para darles á todos la primera enseñanza, que viene á ser la primera educacion, si ha de desempeñar bien su encargo, es preciso que, haciéndose casi niño como ellos, se acomode al carácter de cada uno, lo cual es muy difícil, si no imposible, cuando son muchos. Así que no estrañaré yo que tú no hayas nacido para ello, como ni tampoco varios otros que hacen de maestros debiendo ser discípulos, de donde provienen tantos males á la sociedad por la mala direccion de la enseñanza. Cuando vayamos á mi pueblo ya leerás en mi pequeña librería cuanto se ha escrito sobre esto; pero entretanto convengo en que enviemos á Salamanca á Gil Blas á la casa de tu prima doña Casimira, puesto que esta se halla adornada de las mejores prendas, segun me aseguras.

En efecto á muy pocos dias trasladaron á Gil Blas á la casa de la prima de don Gonzalo, que por no habersele presentado un pretendiente de su alcurnia, conservaba su virginidad en Salamanca en su edad de cincuenta años, con muy buenas rentas sobre haciendas *de pan llevar* como se suele decir. Recibió con la mayor afabilidad al huerfanito, y al punto le buscó

los mejores maestros para su primera y segunda enseñanza. Continuó pues Gil Blas en la casa de esta buena señora por el espacio de doce años, sin volver en ninguno de ellos á la casa de sus tios. Allí se formó en cuerpo y alma, como se suele decir, estudiando y aprendiendo mucho bueno y mucho malo en aquellos colegios, y en aquella tan célebre universidad, fundada por el rey de Leon Alfonso IX en el año de mil doscientos. Estudiaba ademas por otros libros que no se enseñaban en aquellas cátedras, y como leyese en ellos que se debía olvidar mucho de lo que en aquellas se enseñaba, no las frecuentaba con toda devocion. La tenia sí muy grande á pasearse por tardes y mañanas á las orillas del Tormes cuando se hallaba entre sus manos con alguna obra de aquellas que mas lisonjeaban su espíritu. Efectivamente tuvo ocasion de leer algunas de mérito, que le facilitaban sus discípulos, con los cuales conferenciaba sobre su contenido, y consiguió por este medio ponerse al corriente de algunas ideas que tal vez eran desconocidas á sus catedráticos.

Como no le hubiesen insinuado sus tios, ni la señora en cuya casa estaba, la carrera que debía emprender, no se fijó en ninguna, y para tener una idea de casi todas ellas, se propuso

asistir, cuanto le fuese posible, á las cátedras de filosofía, leyes, teología y medicina. En una de sus obras favoritas habia leído que todas las ciencias tienen tan íntima relacion entre sí, que es un imposible saber ninguna sin estudiarlas todas, y esto fue lo bastante para persuadirse que lograria ser filósofo, jurisconsulto, teólogo y médico, todo á un tiempo. Consiguió de este modo tomar alguna idea de estos cuatro diferentes estudios, y viendo que algunos de sus conocidos menos aplicados que él, se graduaban de doctores, no tuvo la menor duda en que él obtendria tambien las cuatro borlas y los cuatro grados, si los hubiera pretendido: pero conociendo que estos no tenían el don de la ciencia infusa, se propuso probarlo á sus nuevos doctores argumentando con ellos en los paseos y frecuentes reuniones que acostumbraban tener de todas clases. Muy luego se desengañó de que sus amigos se habian quedado tan ignorantes con el grado como lo eran antes de él, con solo la diferencia de ver en ellos una mayor dosis de vanidad y orgullo.

No le costó trabajo disimularles esta simplicidad; pero cuando notó que en la presencia de las señoritas, que todos obsequiaban, quisieron darse la importancia de doctores, no

lo pudo ya sufrir, y se propuso desde entonces abatirles su escesivo amor propio. Se le presentó esta ocasion en una tertulia con uno de los mas presumidos. Se llamaba este don Cornelio Cabeza de Vaca, y solia frecuentar una casa de la amistad y confianza de Gil Blas. Supo éste preparar á todos los de la tertulia para dar una zumba al presumido doctor cuando viniere allí por primera vez despues de haberse graduado. Se presentó en efecto el referido don Cornelio dándose la debida importancia por su graduacion, y todos á una voz comenzaron á esclamar: ¡señor doctor! ¡Oh señor doctor! Sea muy enhorabuena, señor don Cornelio. ¡Cuánto celebramos esa distinguida condecoracion, que tan justamente Vd. se merecia por su talento, estudios y aplicacion! Aunque sin ninguna de estas cualidades han conseguido el grado otros varios, ya sabemos aquí que á Vd. solamente se lo han conferido por hacerle justicia.

A todo lo cual contestó el señor doctor: mi grado, mi borla, y la cátedra, que pienso obtener dentro de pocos dias, está todo á la disposicion de Vds., señores míos. A este tiempo preguntó una de las señoritas: Y dígame Vd., señor doctor, cuando vd. se case hemos de llamar señora doctora á su esposa sin haberse

graduado? Las borlas, señores míos, no suelen darse al femenino sexo, pues aunque llamamos doctora á Santa Teresa no consta de la historia haberla visto ninguno con la borla puesta. Por lo demas ya sabemos todos que las mujeres de los doctores son doctoras. ¿Y si estas señoritas no saben latin, continuó la señorita? A este tiempo tomó la palabra Gil Blas y dijo: esas ya son sátiras ó indirectas del uno al otro sexo; pero de ninguna manera puede aplicarse al señor don Cornelio, porque me consta que lo mismo posee el latin de Ciceron, que el de Cayo Salustio.—Otro tanto puede decirse de mi falderito Cupido, repuso la señorita, porque si le examinamos por los dos autores, lo mismo responde por el uno que por el otro.—Poco á poco, señorita, replicó Gil Blas, porque si nuestro don Cornelio no fuese un gran latino, hubiera salido reprobado, y aunque sacó 11 RR. en su título, ya sabemos que ha sido porque en el claustro hay algunos *Cabezas de Buey* enemigos declarados de los *Cabezas de Vaca*.

Don Cornelio, que vió descubierta allí la porquería de las 11 RR. en su título, dijo, que un amigo le estaba aguardando en la calle, y se ausentó de la tertulia diciendo allá para consigo, que todo esto era una envidia de Gil

Blas porque no era doctor. La señorita que le habia satirizado preguntó á Gil Blas, si don Cornelio siendo un señor doctor, se casaria con la Paca hija de Julian el zapatero á quien obsequiaba tanto; y Gil Blas le contestó que los *Cabezas de Vaca* eran de una distinguida alcurnia de Castilla, y que jamás consentirian enlazarse con la horma y el zapato.—Pues yo no reparo, repuso, la señorita, en casarme con un descendiente de Caco, con tal que me haga pasar buena vida.

Concluida la tertulia, se fué Gil Blas á visitar una de sus queridas. No tenia mas que cuatro, de todas las cuales era correspondido, porque ya habia puesto él buen cuidado en que no supiesen las unas de las otras. Se dirigió pues á la casa de su Marcelina, graciosa morenita de 18 años, hija de la señora Eusebia la tabernera, que habia enterrado á su difunto Toribio, por haberse precipitado por un despeñadero á consecuencia de una de sus turcas. Apreciaban mucho, tanto la madre como la hija las visitas de Gil Blas, no solamente por su buena figura y agradable trato, pero mucho mas porque ya habian averiguado que era de una casa rica que no tenia sucesion. Contaban ya con abandonar su taberna antes de verificarse la boda, por cuya razon recibian siempre á

Gil Blas obsequiándole con unas ricas magras, y una botella de lo caro. Sabia este hacerse querer de las dos con tal gracia que hasta la madre casi sentia haber parido la hija. Tal era el arte que poseia Gil Blas para atraerse las voluntades como se suele decir, que de todos era querido y deseado. Este arte de agradar no se lo habian enseñado en las catedräs de filosofia, leyes, teología y medicina que frecuentaba, pero él lo habia aprendido fuera de la universidad, y lo desempeñaba perfectamente. Así es como era admitido con agrado no solamente en las casas del bajo pueblo, sino tambien en las de la mayor categoría. El habia leido en sus obras favoritas, que para conocer el mundo y los hombres era preciso frecuentar el trato con todas las clases del Estado, y que este no podia ser bien gobernado sin que sus gobernantes hiciesen lo mismo. Visitaba pues por el dia las casas de distincion y por las noches las demas.

Tenia entre estas otra de sus queridas, llamada Dorotea, muy linda y muy vivaracha y atrevida. Era esta una hija única de un rico asentista, que no contaba el dinero sino por sacos y talegos, puestos al cuidado asi del padre como de la hija que ciegamente enamorada de Gil Blas, llenaba los bolsillos de és-

te de pesos duros, que le hacia tomar á la fuerza. Así es como viéndose siempre con dinero desempeñaba un sobresaliente papel entre sus compañeros con los cuales disponia sus meriendas y francachelas, para llevar con gusto la vida escolástica. Con este motivo solia retirarse demasiado tarde algunas noches, dando muy malos ratos á la criada que le estaba aguardando con la cena. Viéndole venir en una de ellas á las tres de la mañana le dijo:—señorito, esto ya pasa de marca, Vd. precisamente se halla enredado con alguna tunantuela que le tiene mal entretenido, y con la cual come y bebe mas de lo regular, porque yo observo que el aliento que despidе al venir no es de agua clara, y la cena me la deja vd. sin llegarla á los lábios. Nada de esto sabe la señora, pero yo se lo voy á participar, porque no quiero cargos de conciencia.

Viéndose Gil Blas al peligro de ser descubierta su vida y milagros, se abrazó con su Catalina, que asi se llamaba la criada, y la dijo:—¿Cómo es posible, prenda mia, que yo me entretuviera con ninguna otra de Salamanca estando tú en mi compañía? ¿Pues no has conocido, querida, que siempre te he mirado con buenos ojos aunque tu no me hayas correspondido?—Como Vd. no me lo ha dicho de palabra,

contestó Catalina, nunca lo he maliciado.—Pues ahora te lo digo, y te pregunto: ¿De qué han de ser los pendientes que te voy á comprar mañana, de coral abrillantado, ó de plata sobredorada?—A mí me gustan mas los dorados, y que parecen de oro aunque no lo sean.—Pues no dudes, Catalina mia, que mañana te los pongo yo mismo en tus orejas, para que te desengañes de que no puede haber ninguna otra á quien yo quiera tanto como á tí.

A la siguiente noche, abrazándose Gil Blas con la criada colgó los pendientes de sus orejas, con lo cual ya no dudó Catalina de que Gil Blas, no solamente la queria, sino que la adoraba. Con esta dulce ilusion ya no acertaba á barrer ni á fregar, porque á todas horas y á todos los instantes estaba con el pensamiento en los abrazos de Gil Blas; pero viéndole venir otra noche ya muy cerca de rayar la aurora, la acometieron los celos con tal furia, que rechazó brúscamente y con un retorcido hocico todas las caricias del señorito de la casa. Se propuso pues averiguar sus pasos, y encargó á una amiga suya siguiese los de Gil Blas hasta descubrirle su madriguera. Desempeñó la amiga tan cumplidamente su encargo, como lo suelen hacer unas por otras en comisiones de esta especie. Averiguó de cierto que este señor es-

colástico retozaba por la noches con la hija de la señora Brígida que vivía en un cuarto bajo, cuyas rejas daban á la calle, desde la cual se oían los requiebros que se decían los dos medio enamorados, aplicando bien el oído á una de las rejas. Al punto se lo participó á la Catalina, y se propusieron entre las dos salir á la una de la noche á escuchar los coloquios de Gil Blas con su querida. Oyeron en efecto á éste llamar á su Lorenza la hermosa entre todas las hermosas, y asegurándola que estaba ciegamente enamorado de ella, la dió un amoroso pellizo. La Lorenza le contestó con otro, haciendo cosquillas á su Gil Blas, que la decía: no me las hagas por los riñones, mona mia, porque no las puedo sufrir.—Tampoco las puedo yo aguantar por las piernas y por los muslos, y sin embargo no te digo nada.

La Catalina que tal oyó y entendió, partió de allí con su amiga, y transformada en una leona, se fué á despertar á su ama, y la dice:—Levántese, señora, y venga á cerrar la puerta con llave para que el señorito no me eche á mí la culpa. Todas las noches duermo fuera de casa, y no vuelve á ella hasta rayar el día. Le huele el aliento á vinos y licores cuando viene, y no prueba la cena que le tengo preparada. Yo ya no tengo duda de que está mal

entretenido, y por mas que le amenace con darle á Vd. parte de todo, no se enmienda. Estoy ya cansada de sufrir las malas noches que me hace pasar, y no quiero mas cargos de conciencia. Se levantó la señora Casimira á poner por obra lo que su criada le aconsejaba, y quedándose Gil Blas en la calle por aquella noche, le recibió la prima de don Gonzalo á las nueve de la mañana, diciéndole: ya estoy enterada, hijo mio, de toda tu vida y milagros: prepárate para salir esta tarde para la casa de tus tios, que cuidarán de tu persona mejor que yo lo puedo hacer, y evitaré así reconvenciones, y cargos de conciencia.